

SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ C2018

Las lecturas de esta fiesta de la sagrada familia nos invitan a profundizar la realidad de la familia y sus exigencias en la luz de la familia de Jesús, María y José. Nos invitan también a situar nuestras familias en el contexto de nuestra cultura y a buscar la sabiduría de Dios a fin de mantenerlas en buen camino.

La primera lectura describe la historia del nacimiento de Samuel y lo que sus padres hicieron a fin de cumplir sus compromisos con Dios. Muestra también la generosidad de los padres de Samuel como ofrecieron a su hijo al servicio del templo con lo habían prometido al Señor.

Lo que este texto nos enseña es que Dios escucha la oración de los que están en necesidad. Otra idea es que los niños son una bendición de Dios. La última idea está relacionada con la verdad que los padres tienen una influencia para el futuro de sus niños.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy que ya nos habla de la sagrada familia de Jesús, María y José. En primer lugar, dice que cada año los padres de Jesús iban a Jerusalén para las festividades de la Pascua.

Entonces, relata un incidente que les pasó cuando perdieron a Jesús entre los peregrinos en su camino a casa. Después, el Evangelio hace un informe en su encuentro en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndolos preguntas.

El Evangelio habla también de la reacción de la gente que fue sorprendida por la inteligencia de Jesús y de sus padres que se quejaban que se quedó en Jerusalén sin advertirlos. El Evangelio termina mencionando el crecimiento de Jesús en la sabiduría y su vuelta a Nazaret con sus padres.

¿Qué aprendemos de estas lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de la suerte de una familia que es construida en Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Déjeme explicar. De hecho, el Evangelio dice que mientras María y José volvían a casa después de la peregrinación, el muchacho Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran.

Creo que cada padre en tal situación estaría preocupado no sólo por la seguridad del adolescente, sino también en la idea de ser separado del niño sin saber donde él es. Creo también que tal situación es un momento de crisis para los padres y también por el niño.

Es una crisis porque cada vez que los niños cortan sus relaciones con los padres y quieren afirmar su independencia, crean una situación difícil para ellos. En tales condiciones, los padres no saben lo que hacer para normalizar su relación con sus niños.

Por mí, todo esto es sólo una parte de muchos problemas que los padres encuentran cada día en su familia en cuanto a la educación de sus niños. Estos problemas se hacen difíciles hoy por el contexto ambiguo de nuestra cultura en la cual hay una confrontación continua entre los valores de la sociedad y los valores cristianos aprendidos de la familia.

No cabe duda de que nuestra sociedad sea construida en el éxito. Cada padre quiere tener éxito en sus tareas a fin de asegurar una vida mejor a su familia. Por esta razón, muchos padres están muy ocupados y persiguen muchas cosas al mismo tiempo. Su oración está tan llena con cosas a hacer que no tienen tiempo para gastar con sus niños. Como todo el foco es sobre el trabajo, la materia de Dios se hace secundaria en su vida familiar, si no una materia simple de la práctica del domingo.

Me parece que la solución con la crisis de familia depende del replanteamiento del modelo del trabajo basado en el éxito y la opción deliberada de hacer Dios el centro de la vida familiar. Soy inspirado aquí por el ejemplo de María y José que consideraron a Jesús como una bendición de Dios al traerlo en templo regularmente.

Al mismo tiempo, significa que los padres tienen que aprender a crear alguna ruptura en su trabajo de modo que den su tiempo a sus niños y a Dios también. La obsesión de éxito nos coste la armonía de familia y hace la materia de Dios marginal.

Ciertamente sé que no es por la mala fe que los padres dan más tiempo a su trabajo que a su familia. Ciertamente sé que muchos padres viven en el miedo de lo que la economía podría ser mañana o la incertidumbre de lo que el coste médico sería si súbitamente están seriamente enfermos.

Todo esto es legítimo. Sin embargo, debemos afrontar los problemas de la vida no sólo con la inteligencia humana, sino también con la sabiduría de Dios. El Salmo 127 dice: "Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles; si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila el centinela. En vano te levantas tan temprano y te acuestas tan tarde, y con tanto sudor comes tu pan; él lo da a sus amigos mientras duermen.

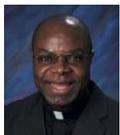
Por eso, pienso que los padres deben primero poner a Dios en el centro de su familia y su vida. Deben tener una visión de esperanza hasta en medio de las dificultades. Como la experiencia humana nos ha enseñado, cada noche si larga sea tiene siempre un alba. Si las cosas son difíciles hoy, no significa que mañana, serán las mismas. Los padres deben confiar en Dios y creer en el potencial que tienen de resolver las crisis cruzando su vida familiar.

Como vivimos en un mundo muy peligroso, les invito a los padres a orar cada día para sus niños, aun si ellos tienen su propia familia. Tomen el ejemplo de Santa Mónica, la madre de San Agustín, quien pasaba toda su vida rezando por la conversión de su hijo. Después de muchos años de la vida desorganizada, San Agustín se convirtió y hasta se hizo un sacerdote y el obispo.

Recuerden que la sabiduría y la gracia en la cual Jesús iba creciendo fueron recibidas primero en la casa y de sus padres. En este sentido, la casa es la primera escuela de la iniciación a las cosas de Dios. Los padres que se esfuerzan por vivir su compromiso cristiano fielmente son un refugio fuerte para sus niños. Una pareja que se esfuerza por vivir fielmente sus votos colocando a Jesús en el centro de su vida, a pesar de cualquier crisis, es capaz de cruzar las tormentas de la vida con la cabeza en alto si importar hasta donde llegue el agua.

Recemos, entonces, por la unidad de nuestras familias. Recemos en particular por los niños cuyos padres están separados. Recemos por todos los padres que los hijos han abandonado. Que Dios los bendiga a todos!

1 Samuel 1, 20-22. 24-28; 1 Juan 3, 1-2. 21-24; Lucas 2, 41-52



Fecha de la Homilía: el 30 de Diciembre, 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20181230homilia.pdf